

durante un año de toda hostilidad contra la Prusia. Desde el momento en que en Berlin se contó con la posibilidad de una guerra, habíase ofrecido al gobierno de Hanover la alianza y este gobierno había seguido una política de duplicidad; oficialmente había prometido un tratado de neutralidad y ocultamente había continuado los armamentos y mandado acopiar armas y municiones en Stade para ocupar allí una posición fuerte, á fin de atacar á la Prusia por la espalda con el cuerpo de Gablenz y con las fuerzas que se movilizaban en el Holstein, cuyas armas se habían descubierto posteriormente en Hamburgo. A semejante peligro no podía exponerse la Prusia dos veces. Se había observado la mayor longanimidad, siempre con la esperanza de que el rey de Hanover mudaría de resolución, y hasta inmediatamente antes de la decisión se había declarado oficialmente al Hanover que su consentimiento á la proposición austriaca de armarse contra la Prusia sería considerado como una declaración de guerra. Sin embargo, el gobierno de Hanover no había hecho caso de estas advertencias, confiando siempre en los 800,000 austríacos prometidos por todos los agentes del Austria en las cortes alemanas.

Después de la sesión del 25 de setiembre de 1866 se vio obligado Bismarck á pasar una temporada en Varzin, en Pomerania, para restablecer su salud, y durante su ausencia se presentó á la cámara un proyecto de concesión de millon y medio de talers para formar dotaciones á los generales prusianos que mas habían contribuido al feliz éxito de la última guerra. La comisión de la cámara nombrada á este efecto decidió incluir en la lista y poner en primer lugar al presidente del ministerio conde de Bismarck, al cual seguían después los generales de infantería Roon, Moltke, Herwarth de Bittenfeld, Steinmetz y Vogel de Falckenstein.

Bismarck regresó á Berlin el 1.º de diciembre, y el 3 del mismo mes tuvo una entrevista con Benedetti respecto de la *propina* que el emperador Napoleón creía haber ganado con su mediación. Esta entrevista fué, para el embajador francés, un desengaño mayor que el anterior. Bismarck no había modificado sus ideas respecto del Luxemburgo y Bélgica, pero dijo que no sabía lo que de esto pensaba el rey, al cual no había preparado todavía. Añadió que el príncipe heredero había temido noticia del asunto, cuyo buen éxito dependía en primer lugar del secreto; que el príncipe había dicho á Bismarck: «Se habla de una alianza con Francia; ¿contra quién va dirigida? No creo yo que sea contra el Austria ni contra la Rusia.» Bismarck continuó diciendo que había contestado con evasivas, pero que evidentemente el príncipe estaba mejor enterado de lo que aparentaba. Al parecer, el rey no sabía nada todavía, lo cual Bismarck no llegaba á explicarse, mas el hecho era que el asunto se había divulgado. Preguntóle Benedetti si el príncipe heredero se había mostrado hostil á la alianza y Bismarck le contestó que el príncipe temía que una alianza entre los dos países disgustase á su suegra (1). Benedetti insistió en que se resolviese pronto la cuestión y Bismarck prometió procurar contestación pronta, pero Benedetti escribió á Moustier: «Voy creyendo que se van á dar largas al asunto, y contra estas largas necesitaré el apoyo de V. E. Procederé con cautela, pero V. E. convendrá conmigo en que es necesario penetrar sin dilación en las verdaderas intenciones de la corte de Berlin y que si bien no debemos precipitar nada, no podemos tampoco contentarnos con palabras de las cuales nada ha de salir.»

Mientras Benedetti estaba disgustado de la marcha de las negociaciones, el gobierno francés recibió noticias alarmantes

(1) Rothan: *El asunto del Luxemburgo; el preludio de la guerra de 1870*. Paris, 1882.

de su cónsul general en Francfort, G. Rothan, que ya en 21 de noviembre había teleografiado á Moustier que el conde de Bismarck había conseguido arrancar á los ministros de Baviera, Wurtemberg, Baden y Hesse, junto con los tratados de paz, tratados de alianza ofensiva y defensiva, por los cuales aquellos soberanos ponían á disposición del rey de Prusia, en caso de guerra, toda su fuerza armada. Este despacho es demasiado notable para no ser reproducido aquí: «Ayer al participar á V. E. que había tomado posesión de mi puesto, le supliqué me dejara tiempo para orientarme y ponerme al corriente de los sucesos en esta Alemania, que había conocido como una federación de Estados presidida por el Austria y á la cual al cabo de cinco años pasados en Turin y Constantinopla encuentro completamente cambiada bajo el dominio militar de la Prusia. Al pedirle esta espera no creía yo verme en el penoso deber, cuarenta y ocho horas después de mi llegada, de hacer saber al gobierno del emperador que se ha pasado ya mas allá de lo que consentía la obra de su mediación en la paz de Praga. El señor de H... con la perseverancia y el espíritu de investigación propios de este diplomático, llamando sucesivamente á todas las puertas y efectuando interrogatorios como un juez instructor, ha reunido un círculo de pruebas que no pueden dejar duda de que existen alianzas secretas ofensivas y defensivas, impuestas por la Prusia sucesivamente á las cuatro cortes de la Alemania del Sur. Ha procedido aprovechando las expresiones y confidencias de unos para hacer cantar á los otros. Me ha referido que el ministro de Negocios extranjeros de Baviera al oír sus preguntas se ha ruborizado; el ministro de Wurtemberg ha balbuceado; el ministro de Baden no ha negado, y el de Hesse lo ha confesado todo. Según el señor de H... estos tratados, de cuya existencia ya no puede dudarse, son al parecer la repetición, en parte, de los que han servido para la confederación del Norte, y la Prusia se reserva, tan pronto como no tenga que guardar consideraciones á la Francia, añadir las cláusulas que le aseguren el mando en jefe y que determinarían al mismo tiempo la reforma de los ejércitos del Sur, conforme á su propia organización. Así, pues, añade Rothan lleno de dolor, se ha roto anticipadamente en una de sus disposiciones mas esenciales el tratado de Praga, obra de nuestra mediación, y se ha pasado militarmente la línea del Mein, frontera trazada á la ambición de los alemanes y que había de permitirnos en su día determinar el precio conveniente de nuestra alianza (2).»

Mientras Benedetti aguardaba nuevas órdenes, facilitó Rothan á su gobierno una multitud de noticias acerca de las disposiciones militares adoptadas por el ministro de la Guerra prusiano á fin de estar prevenido para todos los casos, que revelaban una situación total verdaderamente espantosa. Calculó que la confederación del Norte por sí sola podría contar en caso de guerra con 892,000 combatientes, y unida con los alemanes del Sur, 1.100,000, con 24,100 oficiales, mientras la Francia no podía poner en pie de guerra, contando todo, mas de 416,000 hombres. También informó Rothan á su gobierno acerca de un nuevo plan de movilización, según el cual todo el ejército alemán podía estar en doce días á punto de marcha, pudiendo ocupar un par de días después sus posiciones, á cuyo fin estaba organizado el servicio de ferro-carriles de manera que diariamente, sin interrumpir el servicio de pasajeros ni de mercancías, podían marchar de Este á Oeste doce trenes militares y otros doce en dirección opuesta; y se había calculado que noventa y ocho trenes militares bastarían para transportar un cuerpo de ejército; de suerte que á la primera señal podían colocar-

(2) Rothan, págs. 74 á 76.

se en las fronteras de Francia mas de 200,000 enemigos (1).

Todo era muy grave, y mas grave todavía resultó la tentativa que hizo el emperador de reformar el ejército francés. De una plumada determinó mejorar su armamento, ordenando en 30 de agosto de 1866 la fabricación del fusil Chassepot para todo el ejército, fusil del cual se esperaba un resultado extraordinario. No fué tan fácil aumentar el número de combatientes, para lo cual no bastaba una plumada, sino que el único medio era el establecimiento del servicio obligatorio, del cual Napoleón había sido siempre partidario (2) y para el cual había llegado evidentemente el momento oportuno. En su consecuencia convocó el emperador á sus mariscales y generales en Compiègne, y apelando á su inteligencia y patriotismo pidió á la reunión, que presidía diariamente, la introducción del servicio militar general obligatorio y la creación de cuerpos de ejército independientes el uno de los otros, tales como solo después los ha organizado la república actual. Sucedió entonces que el emperador experimentó el efecto funesto de la derrota moral que había sufrido á los ojos del mundo, pues vió que su voto no tuvo ya crédito entre sus propios consejeros. Habiendo quedado derrotado en materia política, no se respetó ya tampoco su opinión en materia militar, aunque tenía la razón positivamente de su parte. A esto se añadió el temor del mal efecto que produciría en los electores y diputados el sacrificio pasado del servicio obligatorio, tanto mas cuanto que lo había de pedir un gobierno que había perdido todo su prestigio. Este temor animó á los ministros, siempre tan sumisos y cortesanos, á hacer la contra al emperador exponiéndole que no debía pedirse lo que de seguro no se podría obtener, porque los diputados votarían en contra de todo nuevo gravámen que quisiera imponerse al pueblo francés. No hubo, pues, mas remedio para el emperador que renunciar á lo que era imposible y tratar de conseguir su objeto sin el único medio eficaz que tenía para ello. Organizó, pues, una guardia nacional móvil y decretó el aumento hasta 800,000 hombres del ejército activo, decreto que publicó el *Monitor* el 12 de diciembre de 1866. Como esto correspondía en definitiva á una triplicación de la fuerza militar que se imponía al país, cualquiera que fuese el nombre que se le diera, contestó el país con un grito tan general de indignación, que el gobierno se dió prisa á declarar en sus periódicos que este decreto era solo un proyecto sujeto á toda clase de modificaciones. Para juzgar de esto, basta saber que después, al discutirse la ley militar de Niel en el cuerpo legislativo, dijo el ponente refiriéndose al proyecto del 12 de diciembre: «La cámara sabe la gritería que hizo estallar en Francia el anuncio de este proyecto de ley. Nadie pudo ni quiso aceptarlo (3).»

El renunciar á un plan de reforma imprescindible fué el primer síntoma público de la enfermedad incurable del segundo imperio. Se conoce un gobierno sano en la inteligencia y en el vigor con que comprende y ejecuta en tiempo oportuno lo que es necesario; se conoce un gobierno enfermo en que no posee en grado suficiente aquella inteligencia y aquel vigor; y se conoce que un gobierno está enteramente perdido cuando se vé que hace lo que su inteligencia le indica como pernicioso. En esta última situación se encontró Napoleón III desde el mes de julio de 1866. Al fin de la carta imperial del 11 de junio se decía: «Si á pesar de nuestros esfuerzos no se llegaran á cumplir las esperanzas de paz, tenemos la seguridad, por las declaraciones de las cortes interesadas en la guerra, que cualesquiera que fuesen

(1) Rothan, págs. 97 á 99.

(2) Véase el informe del mariscal Randon en las *Obras póstumas de Napoleón III*. Paris, 1873, págs. 21 y siguientes.

(3) Rothan, pág. 103.

sus resultados, no se resolverá sin el consentimiento de la Francia ninguna de las cuestiones que nos interesan.» En este trozo se expresa la gran seguridad con que el emperador creía tener todo el juego en sus manos, y esta misma expresión le hizo públicamente responsable ante la Francia de cuanto ocurrió á consecuencia de la batalla de Koniggratz; habiendo los sucesos resultado contrarios á lo que se consideraba en Francia el interés nacional, el imperio no tuvo mas remedio que confesar que se había equivocado ó tratar de compensar de una manera ú otra la debilitación que la Francia había experimentado por efecto del robustecimiento de la Prusia (4). Napoleón trató de confesar su error por medio de una circular publicada por el marqués de Lavalette



Eugenio Rouher

(grabado en cobre de Weger, según una fotografía)

en 16 de setiembre de 1866; pero esta manifestación no alivió los temores de los patriotas franceses, ni robusteció en Alemania la fe en las intenciones pacíficas de Napoleón. El modo de prepararse Napoleón desde principios del año 1867 para la reunión de las cámaras, prueba que estaba convencido de que no podía evadirse de resolver estas cuentas.

En vista de la próxima reunión de las cámaras dijo el ministro Rouher al embajador de Prusia que la corte imperial necesitaba saber claramente las intenciones de la Prusia; que no podían continuar indefinidamente las conferencias abiertas hacia meses; que el emperador necesitaba saber si la Prusia pensaba conservar su guarnición en la fortaleza del Luxemburgo y si quería agregar ó no el país á la confederación

(4) El 20 de julio de 1866 el ministro Magne escribió al emperador: «Todo lo que he oído arriba y abajo, en el ejército y en el pueblo, me da la convicción mas profunda de que los ánimos mas tranquilos se encuentran recelosos de los rápidos progresos y pretensiones de la Prusia é irritados por la imperdonable ingratitud de Italia. El sentimiento nacional se encontraría herido en lo mas profundo, de esto no me cabe duda, si al cabo de todo la Francia no hubiese alcanzado con su intervención mas que el establecimiento en sus fronteras de dos vecinos que por el aumento exorbitante de su poderío se han hecho peligrosos. Todo el mundo se dice que la magnitud es una idea relativa, y que un país aunque no se modifique puede resultar debilitado cuando se amontonan alrededor de él nuevas fuerzas.» Rothan: *La política francesa en 1866*, página 461.

del Norte de Alemania. Dijo el ministro francés que al insistir en una contestación precisa estaba muy distante de querer ejercer presión alguna, ni mucho menos de amenazar, á pesar del cambio que se había efectuado en la actitud del conde de Bismarck, pero, añadió, «es importante saber si á pesar de la apariencia exterior el conde de Bismarck ha renunciado á continuar respecto de la Francia por el camino que en un principio le inspiró su elevada ciencia política. Si su contestación no se hallare de acuerdo con nuestros deseos, ni con esperanzas que no debieron haberse despertado sin la firme intención de cumplirlas, sabremos por lo menos á qué atenernos antes de abrir las cámaras (1).» En igual sentido escribió el marqués de Moustier en 7 de enero de 1867 á Benedetti: «A pesar de nuestra resolución de observar una actitud decididamente expectante, no podemos permitir por más tiempo que las cosas sigan como están ahora. Las cámaras se reunirán y nuestro lenguaje, aunque continúe siendo tranquilo, no puede conservar en cada caso exactamente el mismo acento. Esto ha tratado de hacer comprender el señor Rouher, autorizado por el emperador, recientemente, al conde de Goltz, apoyándose para esto en las exigencias de nuestra política interior y de sus deberes personales como ministro de Estado.»

Fué, pues, menester que Benedetti diera una nueva embestida en enero de 1867 y la dió separando aquella vez dos puntos de la negociación, á saber: el tratado de alianza en cinco artículos ofrecido el 20 de agosto y el derecho de tener la Prusia guarnición en la fortaleza de Luxemburgo, pues lo que sabemos de la primera contestación de Bismarck se refiere solo á la citada fortaleza. Dijo el ministro prusiano al embajador francés que todas sus tentativas para convencer al rey habían resultado vanas, pero que había encontrado apoyo en los generales Roon y Manteuffel, que habían convenido en que la posición militar en la cuestión de Luxemburgo no tenía la importancia que al principio se le había dado, y que en caso necesario se podía renunciar á ella si la Prusia, en cambio de este sacrificio, alcanzara las ventajas políticas que su posesión le daba. La desgracia era, según Bismarck, que las razones de los dos generales habían sido impotentes contra los escrúpulos del rey; «el rey, añadió, es esclavo del deber y se ha empeñado en creer que su deber le manda no retirar sus tropas de una plaza cuya custodia le ha encargado la Europa.» Para desarmar esta objeción no quedaba más que un medio, á saber: un movimiento popular en el mismo Luxemburgo que convenciera al rey de que la retirada de su ejército era un deseo ardiente del pueblo. «Ustedes tienen banqueros luxemburgueses en París, continuó diciendo Bismarck, que son omnipotentes en su país y que de buena gana harían á ustedes un buen servicio. Una manifestación modesta y organizada sin ruido no alborotaría á nadie y bastaría para facilitar al rey su resolución. Mas infalible sería todavía otro remedio: una solicitud de los notables del país ó de la cámara de comercio para arrasar las obras de defensa de la plaza como consecuencia de la nueva organización que se ha dado á Alemania y como garantía de la paz y de la concordia entre las potencias.»

Con esto llegaron ya á distinguirse los perfiles del plan de solución que Bismarck pensaba dar á la cuestión del Luxemburgo. No quería agregar este país á la confederación del Norte á pesar de pertenecer á la unión aduanera y de haber pertenecido á la confederación antigua. Tampoco tenía intención de conservar una guarnición prusiana en la plaza citada, pero con la condición de que cesara de ser plaza de guerra, y mucho menos quería que se apoderara de ella la

(1) Rothan: *El asunto del Luxemburgo*, páginas 113 y 114.

Francia. Así es que se arregló de una manera indirecta para conseguir sus propósitos; y á este objeto se dirigía el ofrecimiento de arrasar las obras de fortificación como la mejor respuesta á las reclamaciones urgentes de la Francia, que deseaba librarse de las fortalezas fronterizas de la confederación alemana. La supresión de Luxemburgo como fortaleza resonó por supuesto á los oídos de Benedetti como una burla, y Rothan dice (pág. 120): «Pedir que la Francia derribara con sus propias manos la obra de Vauban solo por la satisfacción de incorporarse 199,000 almas, sería formar una idea singular de nuestra dignidad. Benedetti dió á conocer cuánto le disgustaba este ofrecimiento, al cual solo pudiera haber contestado con palabras de indignación y no tenía instrucciones para provocar una ruptura.» Por tanto insistió más y más en la evacuación de la fortaleza por los prusianos y pidió que Bismarck, con el apoyo de la opinión del general Moltke, procurara obtener del rey este primer paso, el más necesario, diciendo que una resolución del rey de evacuar voluntariamente el Luxemburgo resolvería todas las dificultades y sería una sólida garantía de la buena voluntad de la Prusia. Bismarck no consideró así el asunto y respondió á Benedetti: «Usted puede tener razón, pero si, como preveo, resultaran mis esfuerzos infructuosos, se habría perdido todo, y esto lo sentiríamos nosotros tanto más cuanto que tenemos encima el momento de comparecer ante el parlamento, al cual tenemos que presentar una solución respecto del Luxemburgo y del Limburgo. Yo tendré que explicarme y encargarme de compromisos que no me dejan libertad de acción. Usted de consiguiente se encuentra en el mismo caso urgente que yo y lo mejor que puedo aconsejarle es seguir el camino que propongo y que en mi opinión es el más corto y el más seguro.» Al final de esta larga entrevista pidió Benedetti una respuesta también respecto del proyecto de alianza, pero solo recibió evasivas basadas en el carácter del rey, que era un obstáculo invencible, diciendo Bismarck que más de cuatro años había trabajado sin descanso para decidir al rey á la guerra contra el Austria, y que de la Francia no podía esperar tanta paciencia. El rey se espantaba de una alianza ofensiva con la Francia, que le obligaría á ayudar á ésta con todas sus fuerzas militares á conquistar la Bélgica. Por otra parte dijo Bismarck que creía serle más fácil determinar al rey á una alianza puramente defensiva que obligara á la Prusia solo á una neutralidad benévola.

Es evidente que la alianza no siendo ofensiva no tenía valor para la Francia y que el ofrecimiento de Bismarck era la negación cortés á toda alianza, bien que Benedetti no lo comprendió así, porque dijo al final de su larga comunicación: «No creo que en Berlín se juegue un juego convenido de antemano. Creo en la buena fe del presidente del ministerio y quiero conceder que hemos de seguirle al terreno en el cual se coloca y que en él debemos continuar las negociaciones con la única condición de estar alerta y preparados á cualquier evento.» El emperador aceptó el consejo de Benedetti y creyó lo mismo que éste que el camino que indicaba sería el más corto y seguro para llegar á su objeto. Sin embargo, á lo mejor le participó el embajador prusiano que el general Moltke, al parecer tan bien dispuesto, había cambiado súbitamente de opinión y pedía que se arrasaran las obras de fortificación al evacuar la plaza.

Esto indignó al emperador, el cual hizo escribir á Benedetti por su ministro Moustier: «El emperador nada quiere saber de Luxemburgo, lo que le importa es la fortaleza; esto me ha declarado en los términos más decididos. Planteada esta cuestión, equivale á inutilizar desde luego la negociación, tan complicada ya; y el que en tales circunstancias siguiera el camino indicado por el señor Bismarck se vería

conducido justamente á donde no quisiera ir y á donde se nos quiere conducir acaso con astucia.» No obstante, no pudo el emperador resolverse á romper las negociaciones, pero tuvo que renunciar desde luego á la alianza, y sobre esto hizo escribir al ministro: «Desde el momento en que la Prusia no se arroja en nuestros brazos como pareció querer arrojarle hace algunos meses, sería muy injusto hacerle fuerza, pues en tal caso la alianza ofensiva y defensiva no tendría las ventajas que pudiera tener si por ambas partes fuese aceptada sin titubear. Lo que nos importa es tener la seguridad de que no encontraremos á la Prusia en ninguna alianza dirigida contra nosotros y que tendremos asegurada su neutralidad en cualquiera cosa que intentásemos. El conde de Goltz asegura que podemos contar con ella y hasta se adelanta á ofrecernos una neutralidad benévola que se cambiaría en una neutralidad armada á favor nuestro tan pronto como nos viéramos empeñados en una guerra, por ejemplo con Inglaterra. Finalmente, solo se trata de saber en qué forma y hasta dónde nos toca fijar estas buenas intenciones, si por medio de un convenio ó simplemente por medio de un cambio de notas. El emperador, al cual he hecho leer esta carta, en la cual encuentra bien expresada su idea, se inclina al cambio de notas. Le repugna comprometerse respecto de uno que no se obliga en términos claros.»

CAPITULO VII

LA SALVACION DEL LUXEMBURGO

Al leer las negociaciones diplomáticas relativas al Luxemburgo, que han sido publicadas por Rothan en todos sus detalles, nos llenamos de admiración por muchos conceptos, pero principalmente por la inventiva del emperador Napoleón III para encontrar siempre nuevos motivos de dejarse engañar y para no ver ni entender lo que habría visto y entendido desde el primer momento un diplomático desconfiado por deber. Cuando el príncipe de Talleyrand, en el año 1831, pidió en la conferencia de Londres, como indemnización por la neutralidad del nuevo reino de Bélgica, la agregación del Luxemburgo á la Francia, escribió lord Palmerston al embajador inglés en París, lord Granville: «Los gobiernos de Francia padecen una manía singular; cuando se ven agobiados por dificultades interiores creen que se les debe permitir para sostenerse proporcionar un triunfo exterior, aunque sea á costa de un acto injusto, incomprensible y contrario á los tratados.» Mas singular que esta tendencia era la suposición de que todas las potencias extranjeras debían reconocerla como justa y habían de contribuir con sacrificios á satisfacerla. Tratándose de contentar á la Francia no había derecho internacional, ni costumbres nacionales, ni nacionalidades, ni dinastías, ni constituciones que entrasen en consideración cuando convenía correr, aunque fuese con una rectificación de fronteras, al auxilio de un gobierno francés que se sentía ya atacado de un principio de parálisis. Desde la publicación de las negociaciones sobre el Luxemburgo y la Bélgica se ha comprendido hasta qué grado esta tendencia y estas suposiciones se hallaban desarrolladas en Napoleón III, y fueron su castigo. Fué su obcecación la que le hizo buscar todas las excusas para dejarse engañar. Toda diplomacia que omite el depurar las palabras que se le dirigen en el crisol de los hechos para asegurarse de su sinceridad, se vé cogida en sus propios lazos sin que pueda atribuir á nadie la culpa sino á sí misma.

Fué un nuevo triunfo brillante de Bismarck sobre la diplomacia imperial la renuncia de Napoleón á su proyecto de alianza del 20 de agosto, como había renunciado al anterior

proyecto del 5, creyendo siempre que recibiría del presidente del ministerio prusiano lo que éste llamaba su propina. Al ver Bismarck cuán bien le salían los asuntos pendientes con la corte imperial, se mostró tan verboso y comunicativo con Benedetti como éste no le había visto desde muchísimo tiempo. Reconoció que la Francia no podía dejar que se realizaran toda clase de modificaciones territoriales en Alemania sin conseguir una indemnización para sí misma. Dijo que una inteligencia entre los dos gobiernos sería tanto más deseada cuanto que las intenciones del Austria no tenían nada de amistosas y solo pensaba en una guerra de venganza y en la cooperación de la Francia para ella, lo cual no cesaba, dijo, de hacer comprender al rey Guillermo. El rey, sin em-



El marqués de Moustier
(grabado en cobre de Weger, según una fotografía)

bargo, estaba vacilante y receloso, y para hacerle tomar una resolución se necesitaba un suceso, un caso imprevisto y serio. «¿Por qué, dijo Bismarck, se esfuerza el emperador Napoleón tanto en apagar el fuego que amenaza estallar en Oriente? A este incendio podrían la Francia y la Prusia calentarse las manos. Ustedes los franceses no tienen tampoco como nosotros, los prusianos, un interés directo en Oriente, y si resultaran complicaciones tendríamos bien ó mal que marchar unidos (1).»

En los días en que se celebraron estas conversaciones, se habló en los círculos diplomáticos de Berlín de un matrimonio que debía realizarse muy pronto y que por cierto no permitía creer que la corte prusiana pensara unir la Bélgica á la Francia. El conde de Flandes, hermano del rey Leopoldo segundo de Bélgica y sucesor presunto del trono, debía casarse y se desposó entonces con la princesa de Hohenzollern-Sigmaringen, siendo el autor de esta unión el mismo barón de Nothomb, desde 1831 el defensor más tenaz de la Bélgica y del Luxemburgo contra todas las concupiscencias de la Francia. Bismarck se dió prisa á desvanecer en el ánimo del embajador de Francia todos los recelos que este casamiento debía despertar en él, diciéndole que no era obra suya y que

(1) Rothan, pág. 129.